

ENCUENTROS “PENSANDO EN EDUCACIÓN”

¿QUE SIGNIFICA EDUCAR HOY?

CONFERENCIA IMPARTIDA POR EL TEOLOGO Y MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MOALES Y POLITICAS D. OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL.

Valladolid, 26 de octubre de 2018

Introducción: Educar y educación

- I. Manuducir al ser humano para que llegue a ser persona entre los animales y las máquinas
- II. Los sujetos o protagonistas de la educación hoy
- III. Los universos de realidad a los que tienen que abrir los educadores, las personas y las instituciones
 1. Necesidades
 2. Valores
 3. Deberes
 4. Derechos
 5. Límites
- IV. Las tentaciones del educador, las permanentes y las nuevas

Introducción:

1. La palabra educación nombra el conjunto de personas, acciones, instancias e instituciones encaminadas a ayudar a los hombres y mujeres a descubrir su humanidad y a realizarla en plenitud. Esta es nuestra tarea primordial: la empresa de ser hombres. Lo somos desde nuestro primer origen como posibilidad y destino pero requiere ir siendo concretada y completada. El hombre es siempre el mismo en su raíz pero la historia es siempre nueva y nuevo es también el propio hombre que tiene que reconocer esa identidad y realizarla como tronco con nuevas ramas y nuevos frutos. La educación es el empeño por hacer posible a todos los descubrimientos y el cumplimiento de sus necesidades, capacidades y esperanzas, hacerle consciente de sus límites, acompañarle en su despliegue personal (inteligencia, voluntad, sensibilidad) a la vez que en su realización responsable dentro de una historia y de una sociedad concretas.
2. En cada cultura y fase histórica el descubrimiento y ejercitación de la humanidad tienen acentos distintos. La frase repetida en todas las culturas en la que un padre dice a su hijo: “Hijo mío se hombre” va teniendo contenidos y exigencias diversificadas. En Homero “Sed hombres” es una incitación a la valentía y al heroísmo, en boca de David despidiéndose de su hijo Salomón significa guardar los preceptos de Yahvé y ser fiel a la alianza con el pueblo elegido. Así sucesivamente se va profundizando y ensanchando el proceso de humanización. Educar es la compañía que nos damos los humanos unos otros para lograr ser fieles a nuestra naturaleza y vocación desde dentro de las situaciones históricas y como respuesta a los retos que ella llevan siempre consigo

Responder a la pregunta del título exigiría analizar el papel de las personas e instituciones aludidas en la situación cultural englobante; penetrar en las percepciones primarias y determinantes de las generaciones jóvenes. Todo eso evidentemente no es posible aquí. Las reflexiones siguientes tienen como oyente y como marco hipotético ante el que hablo y pienso a los profesores y alumnos en el clásico bachillerato, entre los 11 y 18 años, que es la etapa formativa más decisiva, entre la escuela primaria en la que el sujeto todavía no ha despertado a sí mismo como persona y la universidad en la que el sujeto ya se concentra en la preparación para su futuro profesional.

I. Educar: manuducir al ser humano para que llegue a ser persona entre los animales y las máquinas

El hombre de la era moderna está ufano de la autonomía que ha ido logrando en casi todos los órdenes. Es consciente de ella a la vez que reconoce su desvalimiento original. Los que provenimos del mundo rural hemos visto muchas veces cómo terneros, corderos y chivos apenas han salido del vientre de su madre se enderezan, buscan la ubre para alimentarse y se valen por sí mismos: no así el hombre que dejado solo no perduraría vivo. No sólo en el origen sino también en el decurso de toda su existencia la referencia al otro y la aceptación del prójimo son necesarias para llegar a ser. Ayudar al prójimo, acompañarle, empujarle en unos casos y frenarle en otros para que él llegue a realizar por sí mismo lo implicado en su naturaleza y lo implicado en su historia y en su misión: he ahí la entraña de esa tarea que hemos designado educación, formación, personalización. No hay existencia personal sin la persona del otro; no hay libertad ni perfección en soledad. ¿Quiénes son las instituciones, las acciones y las personas que colaboran con el hombre para que llegue a ser sí mismo? Ser desde sí mismo y ser con

el otro es la empresa dialéctica de llegar a ser hombres. Autonomía desde sí mismo y referencia al prójimo son los dos ejes del mismo carro de la vida humana. El hombre solo es verdaderamente humano como co-hombre (Mitmensch: ser con los demás) y prohombre (Fürmensch: ser para los demás)

He aquí tres citas del mundo clásico que sitúan el “llegar a ser”, como sentido primordial de la educación. “Ya Sócrates se admiraba de que hubiese escuelas que preparaban a los jinetes, a los marineros, a los herreros y a los soldados para el ejercicio de su profesión futura y en cambio no había escuelas que preparasen para ser hombres” (O. González de Cardedal. *Educación y educadores. E. primer problema moral de Europa*. Madrid 205) La segunda cita es de Píndaro: “Llega a ser el que estás llamado a ser tal como lo has aprendido” (*Odas*. Pítica II, 73). Salir de la materia excediéndola, superar al animal pero no comprenderse en la desmesura e insolencia que le hacen creerse dios y le conducen al abismo es el imperativo que proclama el oráculo de Delfos.

La educación cumple esta tarea descubriéndole aquellas dimensiones que le muestran su procedencia de la naturaleza (genes) y de la historia (memes), a la vez que su irreductibilidad a lo previo, sin separarse nunca de esas dos fuentes prehumanas de lo humano: la materia y la animalidad. El reconocimiento de esa dimensión horizontal, que le hermana con el cosmos y los animales no le pueden cerrar los ojos a su dimensión vertical, que le diferencia de todo lo anterior. Estas son las funciones y obras específicas del hombre. “El lenguaje, la conciencia moral, las herramientas, la administración, las funciones representativas de las artes, el mito, la relación, la ciencia, la historicidad y la sociabilidad” (M. Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos*. Buenos Aires 1974. Página 108).

Llega un momento de su desarrollo, imposible de fijar cronológicamente, en el que el hombre se pregunta por sí mismo y por su lugar en el mundo. “Cuando el hombre se ha colocado fuera de la naturaleza y ha hecho de ella su ‘objeto’ –y ello pertenece a la esencia del hombre y es el acto mismo de la unificación- se vuelve en torno suyo, estremeciéndose, por decirlo así y pregunta: Dónde estoy yo mismo? ¿Cuál es mi puesto? El hombre ya no puede decir con propiedad: “Soy una parte del mundo; estoy cercado por el mundo”, pues el ser actual de su espíritu y su persona es superior incluso a las formas del ser propias de este ‘mundo’ en el espacio y en el tiempo. En esta vuelta en torno suyo, el hombre hunde su vista en la nada, por así decirlo. Descubre en esta mirada la posibilidad de la ‘nada absoluta’ y esto le impulsa, a seguir preguntando: ¿Por qué hay un mundo? ¿Por qué y cómo existo ‘yo’? Repárese en la necesidad esencial de esta conexión que existe entre la conciencia del mundo, la conciencia de sí mismo y la conciencia formal de Dios en el hombre” (Id., 109).

El descubrimiento de las tres realidades enumeradas: yo, nada, Dios lo hace el hombre a la vez que se encuentra existiendo entre los animales y las máquinas. Ambos constituyen una posible ayuda a la vez que una tentación o amenaza para el hombre. Por ejemplo cuando eleva los animales casi a la igualdad con el hombre en hechos y derechos. Respetar y no maltratar a los animales es una cosa tratarlos como personas es otra. La conciencia de sí mismo, la libertad, la objetividad, en una palabra el ‘espíritu’ fundan la diferencia esencial entre el hombre y el animal. Este no puede responder y corresponder con el hombre. El hombre tiene deberes respecto de él, pero no basta la capacidad de sentimiento y de dolor para definirlo como persona. El hombre descubre la naturaleza y lo que es habitar el mundo, es decir no apropiárselo y dominarlo solo como mero estímulo, materia utilizable y destruible para su provecho sino como ámbito numinoso, bello, sublime. En este punto hoy estamos ante dos extremos: la comprensión puramente material del mundo por la técnica y la cuasi divinización por la ecología.

Junto al mundo y los animales y las máquinas aparecen hoy como tercer gran poder o universo constituyente del hombre: las máquinas. ¿Hasta dónde pueden llegar, ayudándonos, demonizándonos, divinizándonos?. Un inmenso éxito editorial están hoy siendo los tres volúmenes del profesor de la universidad hebrea de Jerusalem Yuval Noah Harari, *Sapiens. De animales a dioses* (2014) y *Homo Deus. Breve historia del mañana* (2016): *21 Lecciones para el siglo XXI* (2018). ¿Qué pensar de este diagnóstico de presente y de esta utopía para el futuro? ¿Es la definitiva conquista humana elevando el hombre a poder, palabra y verdad supremas o es una repetición del pecado original, que acabará con el hombre no solo espiritual y moralmente sino también físicamente? Frente a cierta exaltación de las máquinas con las que se amenaza sustituir a los humanos hay que recordar que una máquina puede hacer mucho, todo aquello para lo que es programada pero ella nunca programa por sí misma y por sí sola. El propio Harari termina su segundo volumen, donde ha ensalzado la casi infinita posibilidad de los ordenadores más perfectos acumulando datos (nueva ideología que el dataísmo), reconociendo a la vez que una cosa es inteligencia y otra es conciencia. “Parte III: Homo sapiens pierde el control”. Hay cuatro palabras constitutivas del hombre que no son sustituibles: conciencia, libertad, amor, persona.

En este caminar hacia sí mismo a lo largo de la historia en medio de la naturaleza, de los animales y de sus propios artefactos, el hombre se ha hecho la pregunta por el fundamento de todo, por el sentido de la historia, por la entraña y dignidad incondicional de sí mismo. ¿Quién se las ha conferido, quien se las mantiene y quien se las asegura en el futuro?. La palabra “Dios” ha acompañado a los hombres a lo largo de toda su historia. Han abierto caminos para ir llegando hasta él y para reconocerle si él se abriera ante nosotros. De ese empeño, búsqueda y experiencia ininterrumpida tenemos una herencia doble: por un lado las ideas, las razones y los argumentos de la razón en su búsqueda, y por otro los testimonios de sus manifestaciones y de nuestra respuesta a ella. La filosofía y la mística son dos hermanas gemelas. De los místicos y de los metafísicos se puede decir lo que Heidegger dijo de los poetas y teólogos: que habitan en colinas cercanas.

II. Los sujetos o protagonistas de la educación

Una de las mutaciones fundamentales que han tenido lugar en el campo de la educación ha sido el tránsito de la instancia educativa, fundamentalmente una – la escolar – a nuestra situación cultural y social en la que esas instancias determinantes de la educación son muchas y diferentes de las tradicionales. Simplificando podríamos decir que durante siglos en la era moderna para la conciencia social ha sido el maestro al frente de la escuela pública el encargado, reconocido y exigido como responsable de la educación general. Dejamos del lado ahora la consideración de la formación privada por parte de los príncipes que tenían sus preceptores particulares; hecho que en algunos países fue decisivo: en Alemania por ejemplo tres grandes figuras de la cultura: Kant; Hölderlin y Hegel, se ganaron la vida durante sus primeros años como preceptores de príncipes o señores feudales. Fueron los siglos en los cuales, junto a la escuela, tuvieron decisivo papel educativo la madre, la casa y la familia. La educación más allá de la iniciación a la lectura fue privilegio de las clases sociales altas mientras que hoy el acceso a la cultura cuenta con medios públicos que hacen posible a la mayoría el acceso desde los niveles primarios hasta la Universidad y otras instituciones especializadas.

Entre mutaciones más importantes que han tenido lugar en el último medio siglo no es la menor el tránsito de ese maestro educador único al nuevo educador múltiple. Si nos hacemos la pregunta: ¿Quién educa hoy?, ¿Quiénes son los educadores de la España con temporánea? la respuesta tendría que contener una larga lista de protagonistas y

responsables: la sociedad, los medios de información, los periódicos y las revistas, las redes sociales, la calle, la música, los poderes fácticos tanto en el orden económico como en el orden político. Si en la situación anterior el niño llegaba a la escuela en un estado casi virgen de ideas y convicciones, ahora llega preformado, sin saberes rigurosos pero con puntos de partida, convicciones que formarán para él lo “consabido” como evidente, frente a lo cual hay que ofrecerle otras realidades, narrarle otros hechos, proponerle otros imperativos, que tendrán que confrontarse con los aportados por él al entrar en la escuela. El profesor se encuentra hoy con un sujeto “preconstruido” a partir de unas vigencias, creencias y expectativas, recibidas de la sociedad por ósmosis de la sociedad en medio de la que vive. Hay una respiración cultural y moral tan decisiva para el espíritu como la respiración física para el organismo.

Otra variante esencial es la diferente relación entre la acción del profesor y la recepción del alumno. El profesor, ¿es educador en cuanto transmisor de saberes al alumno o debe ser éste el que en un proceso de reflexión y de descubrimiento de sí mismo llegue a autoformarse? ¿Es verdad que el profesor lo único que debe hacer hoy es enseñarle al alumno los métodos y las fuentes donde puede encontrar el saber, todo el saber de los problemas a la vez que las soluciones posibles? Pero, ¿cómo transmitir valores, ideales, proyectos no demostrables que se perciben como posibles en un sentido y ya reales en otro cuando alguien las vive y nosotros los convivimos? ¿Qué hacer con las realidades que no son científicamente verificables en una sociedad donde la ‘razón’ y el prestigio lo tienen las ramas técnicas y se reclama que las demás propuestas se acreditan desde su método y racionalidad?

La escuela y el profesor situados en esta dinámica, ¿tendrían que concentrarse en las enseñanzas técnicas y en el uso de los instrumentos para que cada uno se forme a su medida? Para responder a esta pregunta deberíamos clarificar esta otra: ¿Qué se puede y debe transmitir en la escuela? La persona es necesaria para convertir en verdades y valores, aquellas convicciones que forman parte del ser humano en cuanto humano, libre y responsable. En esta perspectiva, ¿el alumno debe ser sujeto primordialmente receptivo-oyente y obediente o ser sujeto descubridor de los saberes que elige? El hombre, ¿se educa a sí mismo y el maestro está a su servicio respondiendo a lo que el alumno le solicita? Hay preguntas que no tienen una única respuesta, varias son válidas si integran realidades que aparentemente se oponen pero convergen en un orden superior. ¿Son alternativas la química y la literatura cuando esta enseña poesía? ¿Quién conoce mejor las tierras sorianas: los agricultores y los ingenieros agrónomos o Antonio Machado escribiendo “Campos de Castilla”? ¿Se debe otorgar el máximo tiempo a las matemáticas reduciendo las llamadas áreas humanísticas? A Grecia le dieron su grandeza la poesía Homero, la filosofía de Platón y Aristóteles las matemáticas de Euclides y Pitágoras

En la misma línea de mutaciones interiores a la escuela está la del sujeto individual o plural de la educación. Es un hecho que quien de verdad educa es la sociedad no teóricamente pero sí prácticamente sí. Pero, ¿quién es la sociedad, quién y cómo infunde en ella ideas, rechazos, propuestas? En siglos anteriores la respuesta era fácil: en la aldea todo era manifiesto, conocido antes o después, y siendo un entorno pequeño, donde todos conocían a todos, los educadores podían reconocer e integrar las situaciones públicas, descubrir su procedencia, intencionalidad y efectos. La educación tenía lugar sobre un fondo y trasfondo perceptibles. Hoy la globalización del mundo nos ha puesto ante situaciones, cuyos contenidos, finalidades y resultados desconocemos. Los grandes grupos humanos técnicos, financieros, económicos crean la conciencia pública, mediante la emisión permanente de mensajes y la oferta permanente de objetos y productos para responder a necesidades, que esos grupos previamente han creado. ¿Debemos plegarnos acríticamente a esas ofertas, con las condiciones y consecuencias que invisibles en el

momento arrastran consigo después, o debemos ser conciencia crítica, en defensa de nuestro legado irrenunciable sin plegamiento a ideas y exigencias que nacen del poder y no de la misma naturaleza humana? ¿Cómo mantener y transmitir esa conciencia crítica sin ser solo exponentes de otra visión ideológica y política igualmente particular? ¿Dónde encontrar aquellos valores que han logrado una evidencia de verdad universal y fecunda?

En 1986 la editorial Espasa-Calpe creaba el premio de ensayo para el libro que respondiese a la cuestión que había hecho notoria Ortega y Gasset en su día: “El tema de nuestro tiempo”. Yo me atreví a responder con un texto cuyo título era: “*El poder y la conciencia*”. Esta fórmula explicitaba algo que estaba ya abierto como problema en los inicios de la cultura occidental, porque esa fue la estructura del enfrentamiento entre Sócrates y las autoridades de Atenas. El libro llevaba un subtítulo: “*Rostrros personales frente a poderes anónimos*”. Con esta fórmula yo estaba no solo descubriendo nuestra situación actual de individuos débiles e impotentes individuos cercados y asediados por poderes anónimos sino enunciando la tarea de toda institución educativa y de los educadores dentro de ella: pasar de la apariencia a la realidad, de la mentira a la verdad, del verdugo a la víctima, del apoyo al poderoso al apoyo al débil, del ímpetu ciego de la masa a la clara conciencia y decisión personal. Poder conocer la verdad, formularla, defenderla es el fundamento para la afirmación y defensa de los pobres frente a los ricos, de los débiles frente a los fuertes y a los que tienen el poder. A. Machado lo formuló así en la primera línea de las meditaciones de Abel Sánchez: “La verdad es la verdad; dígala Agamenón o su porquero” (A. Machado, *Habla Juan de Mairena a sus alumnos, en Poesía y prosa. Tomo IV. Prosas completas 1936-1939*. Madrid 1989. Pág. 1910)

Dos años después publiqué otro libro con este título: “Memorial para un educador con un epílogo para japoneses”, que resultó a algunos extraño cuando no extravagante. ¿A qué venían esas páginas destinadas al hipotético lector japonés que nunca leería el libro? Eran aquellos momentos en que estaba universalizándose la posesión de un aparato de pequeñas dimensiones, que sin embargo ponía al oyente en contacto con el ancho mundo de la naturaleza, de la historia, de la sociedad y de la propia realidad personal. Era el momento cumbre de promoción y ventas de los transistores.

Un anuncio publicitario repetía a los radioyentes el nombre de una marca japonesa de ellos: “Ponga un Vanguard en su vida”. Se pensaba que se había logrado el instrumento que hacía posible y fácil la educación universal. Ya no eran necesarios los profesores ni construir escuelas, ni en el tercer mundo ni en los márgenes del primero: Los gobiernos debían proveer a cada ciudadano de uno de esos objetos milagrosos. El sujeto solo tenía que abrirle y seguir las directrices que se le irían dando Solo eran necesarios los operarios que dieran las instrucciones para el uso y respondieran a las dudas sobre su funcionamiento. Pero, ¿quién emitía los mensajes y qué mensajes, orientando nuestras miradas del alma hacia dónde? ¿En manos de quien estaban esas centrales desde donde se emitían? Era la fórmula eficaz de adueñarse de las personas, de someterlas, de dejarlas sin la posibilidad personal de acceder por convicción a la realidad y de fundar las propias decisiones. De quien fuera el mensaje de ese era el mundo. Con otros inventos, métodos y técnicas es la misma situación actual, en la que dedicamos tanto tiempo a radio, televisión, internet, teléfono móvil. ¿Nos quedará espacio interior, atención y sosiego personal para pensar por nosotros mismos, para poner distancia a lo propuesto por esos medios, para ser libres con ellos en unos tiempos y situaciones, con ellos y sin ellos, en una palabra para construir nuestra propia vida? El peso de la exterioridad, sea de acciones, mensajes o personas no pueden cegar nuestros ojos interiores para descubrir y corresponder a las exigencias de nuestra interioridad.

Esta es la conclusión para nuestro tema: ¿en qué medida es posible la enseñanza real sin la presencia o acción personales referidas a un sujeto concreto, que se abre

receptivo a la palabra del educador y cuya formación es tal que puede acogerla incondicionalmente o rechazarla? Esos otros educadores: sociedad, técnica, medios de información pertenecen también al repertorio de la acción educativa. Preparar al alumno para conocerlos, diferenciarlos y enjuiciar su aportación aceptando o rechazando es hoy tarea del educador discerniendo cómo se integran unas en otras. Al final debe estar siempre el educador como persona y como técnico, como acogedor de lo que de hecho son sus alumnos y como guía hacia lo que desconocen. A esa pluralidad de educadores externos se suma la pluralidad de educadores internos: ya en la misma escuela rural no hay un maestro que acompaña a los niños en su trayectoria de esos años difíciles. Cada profesor enseña su materia y lo hará con la mejor intención y la máxima eficacia. Los profesores son transmisores puntuales de conocimientos, en distancia al sujeto personal que los recibe. El alumno, ¿tendrá educadores que le acompañen y guíen en su camino de descubrimiento del mundo y de sí mismo? Esta es la misión y el milagro que debe realizar el profesor: sumar la enseñanza instrumental de técnicas con la enseñanza personal de principios, valores e ideales.

III. Los universos de realidad a los que tienen que abrir los educadores las personas e instituciones educativas

En una de las últimas obras de su vida Nietzsche confería esta misión a los educadores

“Voy a señalar enseguida las tres tareas de la razón de las cuales se tiene necesidad de educadores. Se ha de aprender a ver, se ha de aprender a pensar, se ha de aprender a leer y escribir: la meta en estas tres cosas es una cultura aristocrática. Aprender a ver –habituarse el ojo a la calma, a la paciencia, a dejar que las cosas se nos acerquen; aprender a aplazar el juicio, a rodear y abarcar el caso particular desde todos los lados. Esta es la primera enseñanza preliminar para la espiritualidad: no reaccionar enseguida a un estímulo sino controlar los instintos que ponen obstáculos, que aíslan” (F.Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*. Lo que los alemanes están perdiendo, 6-7 .Madrid 1975. Página 82-83)

Son fases de un proceso mediante el cual el hombre frena instintos y apetitos para percatarse de lo que le circunda, de lo que le atañe, de lo que necesita y de lo que le es ofrecido o negado por los demás. De esta forma se percata de la complejidad de la realidad, se abre al mundo y a la historia en la que encuentra exponentes de la dignidad, de la responsabilidad y de la ejemplaridad en los hombres y mujeres que han desvelado las cimas y simas de que son capaces los hombres, las cumbres de gloria y los abismos de crueldad que encierra el corazón humano, el de los otros y el propio

El educador así comprendido tiene que ofrecer al alumno u oyente dos grandes formas de saberes; los técnicos y los humanos. Los técnicos le cualifican para conocer la naturaleza, enfrentarse a ella y ponerla a su servicio. Estos son aparentemente más difíciles pero de hecho son más fáciles de transmitir porque implican solamente a la razón mostrativa y demostrativa; mientras que los otros que hemos denominado saberes humanos implican a la libertad y nacen de la persuasión y de la confianza que crea el profesor. En los primeros se puede llegar a demostraciones que generan evidencia ante la cual el sujeto no puede negar ni cambiar sin otras razones del mismo orden, mientras que los segundos afectan a la persona, con su inteligencia y libertad, orientándole a una decisión, a optar por una forma de existencia o por otra. Significativamente los regímenes dictatoriales que hemos conocido en el siglo XX han cultivado, apoyado e incrementado

esos saberes técnicos, junto con el culto al cuerpo mediante el deporte. Juegos y armas fueron la gran insignia de Alemania preparándose para la guerra.

¿Cuál es el mapa de los que hemos denominado saberes humanos y cuáles son sus provincias principales, cada una de las cuales tienen un contenido propio y pone al sujeto ante una respuesta diversa? Yo enumeraría los cinco siguientes campos que determinan la vida espiritual del hombre, a los que el educador tiene que iniciar a los que tiene que iluminar. Estos son:

- Las necesidades
- Los valores
- Los deberes
- Los derechos,
- Los límites

Las necesidades.

El hombre no está hecho; se va haciendo en un impulso de aceptación de los otros y en otro de aportación propia. Por ello la primera pregunta es esta: el hombre, ¿de qué está necesitado para existir con gozo en el mundo y desplegar la complejidad de su constitución personal? Hay necesidades físicas o materiales, necesidades sociales, necesidades morales, necesidades espirituales, necesidades religiosas. Entre ellas existe una gradación, no todas son iguales, pero no hay ninguna que no esté abierta a las demás o que no sea necesaria para su ejercicio. Así las primeras de las necesidades enumeradas (las materiales como pan y agua, techo y suelo), son necesarias e indispensables para el ejercicio de las últimas enumeradas, las espirituales.

La filósofa francesa Simone Weil, durante su exilio en Londres (1943) nos dejó con un libro publicado en 1949 después de su muerte con este título significativo (*L'Enracinement, El arraigo y el desarraigo: Preludio a una declaración de los deberes para con el ser humano* (Paris 1949=Echar raíces. Madrid 1996). Echar raíces es condición esencial para la afirmación, dignidad y eficacia del ser humano. E hizo la siguiente enumeración de esas necesidades o alimentos para nutrir, sostener y perfeccionar al hombre. Estas son el orden (belleza), la libertad, la obediencia, la responsabilidad, la igualdad, la jerarquía, el honor, el castigo, la libertad de opinión, la seguridad, el riesgo, la propiedad privada, la propiedad colectiva, la verdad. La primera (el orden) es para ella idéntica con la belleza. Esas necesidades hay que alimentarlas para que ofrezcan savia y jugo a todo el organismo. Y añade: “También hay que distinguir los alimentos del alma de los venenos, que durante algún tiempo puede parecer que sustituyen al alimento (Id.,).

Es significativo que belleza y verdad abran y cierren esa lista. La búsqueda personal y el cultivo colectivo de esas realidades hacen posible el arraigo del que habla y que define en estos términos. “Echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana. Es una de las más difíciles de definir. Un ser humano tiene una raíz en virtud de su participación real, activa y natural de la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del futuro (...). El ser humano tiene necesidad de echar múltiples raíces, de recibir la totalidad de su vida moral, intelectual y espiritual de los medios de los que forma parte naturalmente”

Esta perspectiva nos lleva a las preguntas: ¿Dónde tiene cada hombre plantadas sus raíces personales: hundidas en honda tierra fecunda al lado del cauce de las aguas o en el desierto o en la paramera? En la Biblia salmistas y profetas hacen el elogio siguiente”. “Dichoso el que ha puesto sus raíces al lado de las corrientes vivas de agua. No perderá su follaje y dará fruto en tiempo de sequía, mientras que el malvado que las ha puesto en la arena infecunda o en tierra agrietada, no dará fruto alguno, y con el calor

y la sequía se agostará” (*Salmo 1*). La calidad personal de ser humano deriva del aquel *humus* en el que están insertas sus raíces, de las que se alimenta, en las que se apoya y sostiene. Sera como árbol fuerte que no se deja derribar por los huracanes y tempestades que antes o después caen siempre sobre la vida humana. Un educador al final de un curso, de un ciclo o de una vida se preguntará entre ilusión y temblor: mis alumnos. Tras oírme y conocerme, Mis alumnos, tras oírme y tratarme, ¿salen enraizados o permanecen desarraigados, con raíces puestas en hondo solar fecundo o las mantienen secas al aire de cada día?

En otro momento histórico y espiritual uno de los pensadores que más eco han encontrado en las dos últimas generaciones ha sido el alemán J. Habermas, muy conocido y leído a partir de su diálogo con el entonces cardenal Ratzinger en 2004 en la Academia católica de Múnich, ha titulado una de sus publicaciones “El sentimiento de lo que carecemos?. Hay carencias espirituales como lo son en el orden físico el pan y la salud, en el orden moral el reconocimiento y la aceptación por el otro, en el orden metafísico el no ser señores últimos del propio destino que se nos escapa en su inicio y en su final. Esta es la paradoja del alma humana: que su poder no es igual a su querer, que sus recursos no son suficientes para sus anhelos; que está remitido al otro cercano con minúscula y al Otro soberano con mayúscula, para dar razón teórica y para encontrar sentido cotidiano a la existencia.

Lo que hemos dicho sobre las necesidades deberíamos decirlo de manera análoga sobre sus deberes y derechos. El discurso sobre los derechos humanos ha alcanzado en el siglo XX unas cotas de reflexión y aceptación teórica, legislativa y judicial, que suponen un avance inmenso sobre la historia anterior, a la vez que una convicción de que no son propiedad de nadie y nadie, (personas, instituciones, naciones, tribunales) está disculpado de ejercerlos. Ahora bien, el descubrimiento, el ejercicio y la defensa de los derechos de unos solo son posibles realísticamente si otros se sienten con el deber de respetarlos y en serio los defienden y cultivan. Una persona y una colectividad solo tienen capacidad de defender derechos fundamentales si cultivan valores fundamentales. El profesor F. Rey ha escrito un libro que lleva justamente este título: “Los derechos humanos en serio”. Junto a los derechos hay que presentar igualmente los deberes: cada persona, cada generación, tiene el deber de heredar y prolongar el legado de quienes los han precedido, sin malgastarlo Y tienen también deberes para quienes nos suceden. No podemos ni agotar ni menoscabar la herencia, que es para todos y no solo para quien la disfrutamos ahora.

Hemos hablado también de valores como condición necesaria para el arraigo, salvaguarda y dignidad de la vida humana. A comienzos del siglo XX dos grandes filósofos alemanes M. Scheler y N.Hartmann desarrollaron la que se ha llamado “ética material de los valores”. Intentaron superar el formalismo y moralismo kantiano que con su imperativo categórico parece centrar la vida moral en la obligación y el deber. Para estos autores el hombre no obedece leyes externas, imperativos categóricos del deber sino que corresponde a realidades que no son objetos, leyes, autoridades externas sino dimensiones de las cosas, de las personas que las vuelven bellas y buenas, las dignifican y se convierten para nosotros en condición de la verdad y dignidad de nuestra existencia. Los valores no son exactamente bienes o virtudes; son otro despliegue especie de realidad y de humanidad, que el hombre lleva a cabo

En primer lugar hay que diferenciar de entrada el valor del precio. El primero es una dimensión ínsita a las cosas, al margen de la situación y de su apreciación por el hombre. El valor de un cuadro de van Gogh es siempre el mismo, al margen de que en su vida pocos lo apreciaran y hoy sea uno de los pintores más cotizados de toda la historia de la pintura. Los valores son aquella dignidad, perfección y brillo interior de ciertas

realidades que son gratuitas pero irrenunciables para el mantenimiento de la dignidad, de la justicia y de la perfección del hombre. Son para nosotros pero nos preceden y exceden. Los valores son objetivos, no los creamos nosotros, pero tampoco están ahí como las piedras en el suelo; los suscitamos como realidades que dormidas esperan que las despertemos. Los descubre el hombre poniéndose a sí mismo en juego dejándose mover y alumbrar por ellos. Ortega y Gasset decía que son a la vez objetivos y subjetivos.

Los valores pueden ser negados pero no anegados o acallados. Se puede negar la belleza, la justicia, la verdad pero los hombres sabemos que ellas son nuestra gloria, que no podemos vivir sin ellas y que aniquilarlas es aniquilarnos a nosotros mismos. Los valores son percibidos como bienes pero añaden a su bondad interna el aspecto de dignidad, belleza, gratuidad, generosidad, altura interior. Esta conciencia de la dimensión sagrada de los valores es la que nos lleva a proferir afirmaciones como éstas: no cualquier cosa o actitud son posibles aun cuando sean legales, aun cuando sean útiles y rentables; no todo es igual; no todo es humanizador, no todo vale. Cuando asistimos a la imposición brutal del poder, al desprecio de los seres menos defendidos como ancianos o niños, a la desigualdad absoluta en la apropiación de los bienes, a la suciedad con que alguien está vestido, a la negación de implicaciones fundamentales para la vida humana como es la compasión proferimos frases como éstas dirigidas al responsable: ¿pero no les dará vergüenza? Los valores nos dignifican mientras que los disvalores nos degradan.

La política y la democracia por sí solas no tienen capacidad realista de hacer surgir, de llevar a cabo y de defender estos valores. Aquí está una de las tareas y dimensiones de la educación: enseñar a ver y a diferenciar valores de contravalores, la verdad de la mentira, la belleza de la fealdad, la gratitud, del resentimiento, la ternura de la hosquedad, el servicio desinteresado del egoísmo. De manera general podríamos decir que está en juego la dimensión moral de la educación, la proposición de aquellos valores y actitudes que hacen grata y gozosa a la vez que digna y fecunda la existencia.

Desde esta dimensión moral deberán estar pensados los planes de estudio, la organización docente, la relación entre profesores y alumnos, el trato de los alumnos entre sí. Todos los implicados en la educación estamos obligados a pensar, respetar y enseñar esos valores. Esta implicación es posible solo desde la convicción común por parte de quienes legislan, de quienes organizan y de quienes enseñan. Esto implica algo más que cumplir la legislación vigente, que conformarse con reconocer como malo lo que está penalizado en el código penal. La vía y la vida legal no son todavía la vía y vida moral.

Intereses políticos y de otras instancias convierten en dura y difícil esa dimensión de la educación al querer imponer unos u otros modelos de humanidad. Ahora bien, el acervo de tales saberes y convicciones logradas ya por la humanidad en sus mejores exponentes hace posible y obligatoria la colaboración para alcanzar esa educación moral y ese pensamiento espiritual válido y necesario para todos. ¡Y lo que nunca será negable ni quedarán ineficaces son la objetividad docente, la ejemplaridad ética, y la entrega personal de un profesor. Cada mañana cuando alguien se pone limpio, libre y sereno ante sus alumnos, se repite el milagro de recrear el mundo con su gloria y sus límites, sus valores y sus deberes.

Trascribimos el esquema de valores que ofrece Ortega y Gasset al final de su lección: *Introducción a una estimativa. ¿Qué son los valores?*, en Obras completas III. Madrid 2005. Página 531-549. Cita en 548

CLASIFICACIÓN DE LOS VALORES POSITIVOS Y NEGATIVOS

Útiles.....	Capaz-Incapaz Caro-barato Abundante, escaso, etc.
Vitales.....	Sano-Enfermo Selecto-Vulgar Enérgico-Inerte Fuerte, Débil, Etcétera
Espirituales	-Intelectuales: Conocimiento-Error Exacto aproximado Evidente, probable, etcétera
	-Morales: Bueno-Malo Bondadoso-Malvado Justo-Injusto Escrupuloso-Relajado Leal-Desleal, etcétera
	Estéticos: Bello-Feo Gracioso-Tosco Elegante-Inelegante Armonioso-Inarmónico
Religiosos:	Santo, sagrado –Profano Divino-Demoniaco Supremo-Derivado Milagroso-Mecánico, etcétera

Entre los campos de realidad que debe iluminar la educación está el despertar en los alumnos junto con los ideales que hemos enumerado, la conciencia de sus límites. Es característico de la juventud mirar al entero mundo como si fuera una propiedad suya. Considera que todo le es debido, que todo está a la mano para disfrutarlo, para hacer o deshacer con ello. La educación debe quebrar también esa pompa de jabón que son las convicciones y deseos de quienes en el empuje de su juventud no descubren todavía los límites objetivos que la vida humana, de la sociedad y de la política con los que hay que contar. No tienen conciencia ni del límite, ni de la culpa, ni del pecado. Y junto a ellos aparecen la desmesura, la pretensión de poderlo todo en el orden físico, moral y social, el no sentirse responsables ante nadie, el no arrepentirse de nada, la exculpación es su arma defensiva. La juventud puede ser el tiempo de la desmesura destructora. Pero por su naturaleza está a llamada a ser el tiempo de la búsqueda y del encuentro con la verdad. Sócrates le incitaba así a Parménides:

“Bello y divino ten por seguro, es el impulso que te arrastra hacia los argumentos. Pero, esfuérzate y ejercítate más, a través de esa práctica aparentemente inútil y a la que la gente llama vana charlatanería, mientras aún eres joven. De lo contrario la verdad se te escapará” (135d).

Aquí surge un problema mayor: tener que asumir una cultura en la que la conquista de la libertad de pensamiento y de confesión ha sido uno de sus máximos logros y a la vez preservarla de su de su desnaturalización. Por su autoridad como filósofo transcribimos el siguiente texto de Max Scheler:

“Juristas y economistas tratan de evitar ‘juicios de valor’, porque son por su propia índole no científicos. En moral domina la ‘libertad de conciencia’ un principio que no solo fue ignorado, de toda época positiva consciente de sus valores sino que además - como dice con razón Augusto Comte—no representa otra cosa más que el abandono del juicio moral a la pura arbitrariedad, un principio puramente negativo, crítico y disolvente, que niega de raíz todos los valores objetivos. ¿Qué se diría de alguien que apela a la libertad de opinión en una ciencia cualquiera? ¿Existe algo análogo a la libertad de conciencia en física, en matemáticas, en astronomía incluso en biología e historia? ¿No significa ello simplemente una negación de todo enjuiciamiento moral rigurosamente válido?” (M. Scheler, *Ordo amoris*. Madrid 1986. Pág. 58.

La historia de la cultura occidental se abre con dos relatos que describen junto a su origen divino la pretensión sobrehumana del hombre, que los lleva a la caída y la condena. En Grecia tenemos la historia de Ícaro pretendiendo volar con alas de cera hasta llegar al sol, y ya antes de llegar a él en el que hubiera quedado hecho cenizas, cae anegándose en el fondo del mar. Otro punto clave de la historia griega es la significación del oráculo de Delfos. Se repitió como el culmen de la sabiduría y como el inicio de la antropología la sentencia de la esfinge: “*Nosce te ipsum=Conócete a tí mismo*”. Ahora bien esa frase no significa conócete a ti mismo, explora tu personal vida interior, apóyate en ti mismo. Significa más bien esto otro: descubre tu límite, vive consciente de él, sabiendo que eres un hombre y por lo tanto no eres dios”. No olvides tu condición finita y perecedera. Las tres definiciones principales del hombre que nos legó la antigüedad son estas: El hombre es un animal lógico (racional), un animal social (político), y un animal mortal. A diferencia del animal el hombre sabe de su muerte y ese saber determina toda su vida.

El otro relato fundador de nuestra conciencia occidental son los primeros capítulos del Génesis, en los que aparece la condición del hombre como imagen de Dios. Dios le hace entrega del mundo y le sella con la libertad para existir como creatura creadora y como encargado del cosmos. Pero a la vez le muestra su condición finita, su pertenencia al creador y la necesaria aceptación de ese límite. Está llamado a ser como Dios, por don de Dios mismo: pero él – Adán, que somos todos y cada uno de nosotros—pretende alcanzarlo por sí mismo, apoderándose de ese poder propio de Dios. El árbol de la ciencia del bien y del mal es el símbolo de la soberanía de Dios, quien es el único que conoce y distingue el bien del mal. Adán decide hacer la prueba y el resultado es la percepción inmediata de su desnudez, es decir de su finitud avocada a la muerte por su desobediencia a Dios y envidia de Dios. El resultado es la vergüenza por su desnudez, que no habían sentido antes. Ambos Adán y Eva pierden el paraíso y son arrojados por el ángel con la espada de fuego a la exterioridad de su finitud trasmutada, con el trabajo doloroso como tarea y la muerte como final.

Mostrar al hombre su límite y las consecuencias que lleva el quebrarlo no es crearle la conciencia de culpabilidad sino descubrirla como raíz de la forma en que vivirá en adelante su condición. La negación de la culpa y del pecado ha sido siempre una de las raíces de muchas conciencias hundidas primero en la tristeza, luego en el miedo y en la desesperanza después. No hubiera hecho poco Freud por la humanidad con recordarnos que todo lo reprimido vuelve y se venga; que la exculpación es generadora de rencor contra sí mismo. El reconocimiento, la aceptación y la confesión de su culpa devuelven al hombre su libertad y su alegría. Wittgenstein le acusa a Freud de habernos descubierto las honduras, angustias y suciedades de nuestro subconsciente pero no haber sabido o no haber querido mostrarnos cómo salir de ellas y sanarlas.

La señal puesta al lado de la carretera advierte del peligro pero no es culpable del accidente sufrido por quien no ha querido aceptar su mensaje. La autoridad de Dios

solo es sentida como peso y exigencia por quien no ha aceptado su finitud, su límite, y con ello la referencia a quien está en su origen, y que pese a todo nunca puede olvidar aun cuando solo le conozca de manera oscura. Dios no está ausente de ningún hombre y ninguna época es tan oscura que viva bajo un eclipse total de Dios. "Jede Epoche ist unmittelbar zu Gott". (L. von Ranke, *Sobre las épocas de la historia moderna*. Madrid 1984. Página 77)

IV. Las tentaciones del educador, las permanentes y las nuevas

Una de ellas sería sucumbir a la tecnificación, otorgándole la primacía a los instrumentos con los que llegamos al alumno, que hoy son por un lado indispensables y por otro eficacísimos. La cuestión siempre abierta del instrumento es que no instaure comunicación con quien le usa, no responde, ni corresponde, no llega a las cuestiones humanas universales de sentido y a las particulares de la existencia de cada alumno. En esa situación quedan en el fondo, silenciadas o minusejercitadas tanto la persona del educador como la del educando.

Otra tentación, que en este caso es quizá más de la institución docente que del centro es acentuar en exceso o unilateralmente una u otra de las dimensiones del educar. ¿Para qué preparamos al alumno: para que llegue a ser un buen profesional en el futuro, ejerciendo una profesión y ganándose en su ejercicio el pan de cada día; para ser un buen ciudadano que va a pensar, actuar y decidir dentro de la sociedad asumiendo las responsabilidades correspondientes en derechos y deberes; para ser persona la que ya es y la que deberá seguir siendo cada vez con mayor intensidad de conciencia a lo largo de toda su vida? Lo mismo que dijimos antes que no se pueden absolutizar los saberes de eficacia frente a los deberes de sentido deberíamos decir ahora que no se puede ni olvidar ni absolutizar que en los años de estudio anteriores a la universidad se debe educar en abertura a todas las dimensiones de la persona. Se puede orientar y preparar en alguna dirección precisa, dadas las especiales características de algunos alumnos y centros, pero hay que mantener su espíritu abierto a todos los órdenes de realidad, para que en el trascurso de su vida sea capaz de pensar, discernir, preferir y rechazar. Ni la profesión, ni la ciudadanía ni la existencia individual cada una por si sola da sentido y cualifica al individuo para existir conforme a su vocación y a la misión encargada.

Paralela y contrapuesta a la descrita es la tentación de subordinar los saberes y las personas a una ideología o partido político. Ningún educador deja a la puerta de la clase sus convicciones personales referidas a esos órdenes pero no puede utilizar ni las personas ni las ideas para que sirvan a ese fin particular, ni ofrecerles de manera sutil propuestas de vida, como si fueran las únicas válidas o necesariamente conexas con los saberes impartidos. Este es uno de los puntos en que se pone a prueba la honestidad intelectual de los educadores, que deben cumplir su misión en total gratuidad, sin sacar rentabilidad para sí mismos o para otros proyectos o agrupaciones. La fuerza de atracción que justamente puede ejercer un profesor no es por empeño en convencer o en tener razón sino por la objetividad con la que propone, da razón y funda la enseñanza de todo y para todos.

Una tercera tentación que acecha a los educadores hoy es la desilusión y el desistimiento como si en las nuevas situaciones políticas y sociales no fuera posible educar tal como siempre se ha comprendido la educación. No se puede negar lo desfavorable que son para nuestra tarea estas tres determinaciones culturales: la posmodernidad, el pensamiento débil y la contracultura. De aquí nace un pluralismo que con dificultad permite la ejercitación de propuestas comunes al absolutizar los elementos específicos de cada grupo, ideología, religión, persona. Nietzsche dejó dos formulaciones cuya radicalidad apenas se percibió en su momento, pero que pasando de las minorías a las masas, están determinando la cultura y sociedad actuales.

Al proclamar “la muerte de Dios” no estaba haciendo solo una afirmación religiosa (afirmar que Dios había desaparecido de la conciencia de los hombres y mujeres de Europa) sino a la vez una propuesta metafísica, moral y política. (D.F.Nietzsche, *El Gay Saber*. Párrafos 125 y 343). Con ellas proclamaba el fin de las realidades que hasta ahora habían sido el soporte de la comprensión y realización de nuestra existencia: el ser, la verdad, el sentido, la esperanza, el prójimo, el deber; en una palabra: todo lo que nos refiere a algo más que el poder, la sensibilidad, la inmediatez, las cosas en superficie, sin ninguna presencia real de absoluto. Con el cese de la voluntad de verdad aparece soberana la voluntad de poder y aneja a ella lo que él llamó ‘transvaloración de todos los valores’ (derrocamiento, traducen otros). Lo que ahora llamamos relativismo y posverdad son el fruto de esa propuesta. Y surge la pregunta de los educadores: ¿cómo educar, como inculcar verdad y verdades, virtudes y valores, en tiempo de ateísmo, de reducción de los ideales a propuestas de intereses individuales inmediatos, de grupos o partidos? ¿Cómo aislar al individuo de la sociedad en medio de la que vive para abrirle a otros horizontes, mostrándoselos creíbles, a pesar de que casi todo en la sociedad piensa y actúa en otra dirección? ¿Cómo crear el necesario ámbito y silencio interior para que pueda oír la voz de su conciencia, la llamada de los demás, la vocación de Dios, mientras que voces exteriores y las de sus propios instintos le llevan en otra dirección?

Ninguna institución se funda y perdura a largo plazo construida sobre el heroísmo, pero en ciertos momentos de la historia solo los que tienen voluntad de verdad en sumisión y a la vez resistencia crítica a los poderes vigentes pueden salvarnos del abismo, que amenaza a una sociedad sorda y ciega para lo esencial. Una cultura que no siente el estremecimiento ante lo que la desborda, fascina y atrae, es una cultura que se está volviendo ciega y muda para la suprema determinación del hombre.

Los ideales necesarios y obligados para educar pasan por el respeto a la verdad, a la libertad y a la justicia; por el reconocimiento de la dimensión sagrada de cada hombre con independencia de su situación, condición o raza; de la abertura y atención al Misterio que nos envuelve y acoge. Sin estas actitudes la violencia y el poder ciego prevalecerán en nuestra sociedad. Como resultado perecerán sobre todo los débiles y los pobres, porque estos solo se pueden defender desde la verdad proclamada. Por eso la educación con la cultura resultante los proveerá de capacidad para ver, de fuerza para emprender y de coraje para salir por sí mismos de su inmersión negativa. La cultura ha sido en el último medio siglo español la palanca que ha removido el peso de la pobreza en el mundo rural y en los barrios de las grandes ciudades; especialmente en Castilla.

Olegario González de Cardedal